



MIDI D'OSSAU

Tras la subida al refugio de Pombie, en la parte francesa del Pirineo Aragonés, una parada para descansar a la orilla del ibón, o lago glacial, cercano al refugio. Ante éste se yergue el Midi d'Ossau, el pico más emblemático de esta zona.

Sentada sobre la mullida hierba, observo la montaña tras refrescar en el lago mis pies, doloridos después de varias horas de caminata. Las rocas que la forman tienen un color amarillento debido a los líquenes adheridos a ellas. Granitos, cuarcitas y pizarras dan al conjunto unas tonalidades grises, verdosas, rosadas y violetas en contraste con el puro azul de un cielo sin nubes. Recibo la caricia del sol en mi cara, el suave viento que apenas me despeina. Pensando en la bajada que me espera, me abandono perezosamente a esta sensación de plenitud.

Refugio de montaña:

a un lado de la puerta

botas y bastones.

La montaña se refleja en el ibón, en torno al cual se han sentado varios montañeros; charlan animados mientras toman un tentempié. El resto está en el refugio, donde les ofrecen sopa caliente, vino tinto y un buen queso francés. De otro grupo más lejano, de repente un muchacho se quita la ropa y se mete en el agua helada. Por unos instantes, desaparece bajo la superficie, formando suaves ondas que llegan hasta la orilla. Se hace el silencio en torno al lago. Todos miramos cómo emerge, convertido en héroe. Se tumba sobre la hierba para secarse al tibio sol de este octubre en el que la nieve aún no se ha visto sobre las cumbres. Enfrente, dos niños desnudos se echan agua, sin atreverse a bañarse.

Dejo una piedra

sobre el montón de piedras...

Viento de otoño.

Finalmente, el guía se levanta y nos hace una seña: es el momento de la partida. Me calzo las botas, recojo mis bastones y me cargo la mochila, un poco más ligera. Tras dirigir mi última mirada al paisaje, emprendo la marcha a través de caminos pedregosos en dirección a un hayedo que se divisa al fondo del valle.

Suaves cencerreos.

Los montes más lejanos

se hacen sombra.